

Líneas de sombra y trazos de escritura: literatura y antropología

Raymundo Mier G.*

Modernidad, literatura y antropología: genealogías convergentes

La relación íntima entre antropología y escritura, a pesar de ser patente, escapa una y otra vez a la reflexión. Infunde un extraño desasosiego: se transforma en un olvido sobre el lenguaje mismo de la antropología y sobre la naturaleza de su relato. Es también un olvido de su propia historia. En el texto antropológico, las huellas de la escritura se eclipsan bajo los presupuestos de un género literario propio que se pretende al margen de la ficción; la etnografía funda sus propias exigencias narrativas sobre su propio espejismo: su presuposición de verdad. Adopta modalidades específicas de argumentación, forja sus criterios de validez, asume condiciones propias para apuntalar su verosimilitud. Marcos históricos, epistemológicos, incluso geográficos, señalan las particularidades de los diversos relatos de la antropología, orientados a la comprensión de otros pueblos, otras culturas. La alianza con lo literario no es reciente. Es constitutiva, se arraiga en la genealogía que comparten. Ambas surgen de una mirada en los umbrales de la ilustración. Ambas emergen de la mirada europea, de las fantasmagorías de su supremacía, pero ambas son también miradas orientadas hacia otro sitio, el otro. Arrancadas de sí mismas, exorbitantes. No obstante, llena de sí misma, la mirada europea asume una voluntad y un deseo de desarraigo que se expresa en la fascinación de lo folklórico, en la ebriedad del exotismo y en el acecho antropológico.

La genealogía del relato de la antropología moderna se confunde con los relatos de viajes de exploradores y conquistadores, con los informes y reportes burocráticos de las oficinas de las colonias, con las consignas y testimonios de las pedagogías confesionales, condenas y utopías de misioneros amparados por diversos emblemas. Desde los impulsos germinales, postrenacentistas, de la modernidad, pero sobre todo desde finales del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX, la escritura europea se volcó al reconocimiento e invención de los otros: los que radican más allá de las fronteras en los territorios vedados por el horizonte de la mirada. Esos territorios son, en principio, de las culturas colonizadas, pero también de aquellas que permanecían inaccesibles a la vocación de integración y de inteligibilidad de la modernidad. Pueblos reticentes, desdeñosos de la impaciencia moderna, replegados sobre su propio tiempo, al margen de la historia tejida desde esa "centralidad" europea, arrogante y degradante, surgida de la avidez del capital y de sus precarias racionalidades. En el siglo XVIII, la exigencia de la comprensión histórica de "los

* Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco/Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

pueblos” y de su lugar propio en la secuencia de momentos de civilización —sustentada en la celebración del folklore— dio lugar al reconocimiento de una relación intrínseca entre rasgos singulares de la cultura y expresiones de la creación verbal. El “espíritu del pueblo” [Völkgeist], fuerza singular que definía y animaba su identidad, se concebía como expresado íntima y fielmente por la expresión poética, el canto y la narrativa populares. Las recopilaciones de poesía, relatos y cantos populares, las colecciones de cuentos tradicionales e infantiles —como los de los hermanos Grimm— se integraban en las reflexiones filosóficas sobre el carácter de la historia y los rasgos específicos de las costumbres en pueblos de una misma esfera lingüística. La pasión por la evolución de las culturas y sus particularidades se alió a una devoción taxonómica y a un ejercicio narrativo propio, en estricta correspondencia con las reflexiones estéticas, con los debates sobre el universalismo de la ilustración y con el vigor creciente de las visiones evolucionistas.

Esta inquietud por la identidad, por los rasgos singulares de cada pueblo, de su lenguaje y de su historia, se expresaron asimismo como una exigencia y proliferación de las taxonomías. Aparecieron las minuciosas y detalladas clasificaciones botánicas, los mapas y descripciones geográficas y geológicas, los recuentos pormenorizados de recursos e inventarios naturales y económicos, reconstrucciones e invenciones de paisajes naturales y culturales, las crónicas, relatos y descripciones de usos y prácticas de pueblos distantes, “aborígenes” o “primitivos”, derivadas de observaciones rigurosas, con carácter académico o científico, alentadas por las diversas sociedades geográficas, antropológicas, incluso filantrópicas. Evidentemente, esta diversificación de los saberes no fue sólo un impulso generado por una “voluntad de saber”, pura, desinteresada. La reflexión sobre la supremacía del momento evolutivo europeo en el contexto general del proceso de civilización, sustentaba y legitimaba tácitamente la apropiación colonial, marcada no solamente por la exigencia de ampliar y diversificar los mercados, abaratar la mano de obra, controlar y usufructuar los recursos y afirmar la dominación geopolítica, sino también, simultáneamente, por “actitudes” modernas ante otros procesos de civilización; “los otros”, son contemplados de manera ambivalente con asombro y desprecio, desde el deseo de intimidad con lo “humano”, pero a la vez se manifiesta el rechazo, la fascinación y la extrañeza; pero también se expresa una nostalgia incierta: la suscitada por la devastación moderna de los patrones de las culturas “tradicionales” y el exilio íntimo impuesto por el avasallante proceso de la modernidad.

Surgió así, en la estela del folklorismo ilustrado, la pasión por lo “exótico”, nombre extraño de esta pasión por lo otro, teñida de admiración nostálgica y acompañada por una proliferación narrativa, poética y también científica, como una oscura celebración de los pueblos indiferentes al proceso de modernización. Esa nostalgia se vio acompañada también por un deseo de memoria, de origen, de linaje: una tensión irresoluble, una contradicción entre un deseo de universalidad y una evidencia de lo inconmensurable entre las culturas y las historias. El aliento de ese exotismo nunca abandonó la nascente antropología, ni se disipó jamás de la evocación histórica.

Pero la relación entre la antropología y la literatura abreva de otra fuente, quizá menos visible, pero capaz de señalar con un fervor propio las interrogaciones sobre la relación entre historia, mitos, rituales y escritura: los estudios bíblicos y las polémicas decimonónicas sobre la historicidad del cristianismo y de los cultos y rituales semíticos, habidos en la raíz del fervor religioso europeo. El lugar de la escritura aparece como una piedra cardinal en los estudios sobre el destino de la religión. Surgieron de ahí las exigencias que condujeron no sólo a Robertson Smith hacia las exploraciones de las fiestas y los rituales semíticos, sino también a los temas cruciales de *La rama dorada*, de Sir James Frazer, sin duda, una de las obras antropológicas de mayor impacto en la historia cultural europea de los inicios del siglo xx.

Este reclamo de esclarecimiento antropológico de los cultos, no del todo extraño a las investigaciones sobre totemismo, la exogamia y sobre rituales de pasaje, imprimió su huella en las inclinaciones de la escritura, el tono victoriano y la devoción científicista. La mirada antropológica emerge entre este asombro ambivalente de la moral victoriana, su fe recalcitrante en las ilusiones de la modernidad y sus instituciones, marcada por la arrogancia de una convicción íntima en la supremacía europea y una intimidación nostálgica —entre repudio y fascinación— ante las alianzas y creencias de las instituciones “primordiales” de pueblos “primitivos”. La relación entre mitos, rituales y escritura se conjuga con la fuerza decreciente de la fe cristiana en las Sagradas Escrituras como revelación, pero da lugar a otra exigencia: esclarecer la relación entre mito, relato, testimonio, historia y, en última instancia, literatura. Es ineludible encontrar, surgidas de estas preocupaciones, huellas que enmarcan el curso de la escritura antropológica. Hacen patente otras rutas: las que alimentan las exigencias de la novela del siglo xix (los diversos realismos, regionalismos y las diversas va-

riantes del naturalismo). La relación entre novela y verdad suscita la sospecha vertiginosa de que la exactitud, la elocuencia y la fuerza imaginativa y constructiva de la novela sirven a la “voluntad de verdad” más que las aprehensiones de la “cientificidad”. La tensión entre la descripción científica y la descripción novelesca gira en favor de la última, ante las reiteradas evidencias de la fragilidad, la unilateralidad, la pobreza y, finalmente, el fracaso de la descripción “objetivante” de las formas de vida de los pueblos.

En esta tensión decimonónica se implantó el hábito de la lectura de atmósferas y estampas lejanas bosquejadas por los exploradores, militares, aventureros —los relatos del Capitán Cook, de Sir Richard Burton, de Livingston— y de la celebración ambigua de los exotismos. Conrad, London, Stevenson, Segalen, Schwob, Forster están presentes en la lista interminable de la novelística y la poética derivada del vértigo del exotismo, de la extrañeza ante la modernidad y sus desolaciones. Imágenes e invenciones vívidas de episodios en el teatro de figuras, paisajes y vidas inconmensurables en los mares del sur, en los confines de Asia, en la India o en el África alegórica de “el corazón de las tinieblas” —metáfora del alma humana, de la tragedia de Occidente y de las fuerzas soterradas de lo primordial— se confundían en las publicaciones de época con los reportes comerciales y económicos, las descripciones botánicas, zoológicas y etológicas, las memorias, los diarios y los epistolarios de los viajeros, los testimonios confesionales, las ficciones y las huellas de la fascinación por lo inaudito. Junto a este enorme inventario de escritura, los relatos de la antropología y la etnografía nacientes aparecieron como apostillas, adiciones marginales que apuntalaban con densas taxonomías, descripciones secas, compilaciones de mitos desarraigados de su ámbito vital, descripciones rituales ajenas —e incluso desdenosas— de la pasión y febrilidad de los cultos en pueblos ajenos al peso sombrío de la racionalidad europea. Junto a la exaltación por el exotismo, se instala el rigor baldío de las descripciones antropológicas.

Sin embargo, la supremacía económica, política y militar europea encontró en la escritura antropológica una voz intratable. Por una parte, la mirada antropológica —alentada contradictoriamente por el imperativo folklórico, el exotismo, la nostalgia, la avidez del mercado y las materias primas, las fantasías imperiales, la exigencia de comprensión, las utopías civilizadoras, los espejismos del cientificismo y el imperativo literario— muestra de manera palpable el lugar “culminante” de la civilización europea en el marco de los renovados ordenamientos territoriales y culturales; legi-

tima asimismo la intervención “proteccionista” del despotismo y la violencia imperiales. Pero, por otra parte, la escritura antropológica asume, con la literatura, otro papel; ambas emergen también como expresiones dispares pero radicales de la crítica de la modernidad y las condiciones inicuas de la dominación imperial implantadas desde las metrópolis. Ambas despliegan la voz espectral de la desolación y la devastación colectiva en el proceso evolutivo de esas civilizaciones, hacen patente el abatimiento de la vida individual y social ante la insignificancia del progreso. Ambas enfrentaron a las sociedades nacionales y a las metrópolis en un juego de espejos invertidos, le ofrecieron el perfil de su propia degradación. La etnografía va surgiendo así como una escritura autónoma, en apariencia derivada estrictamente de un saber específico. Esta escritura finca su singularidad en la búsqueda de una respuesta a un reclamo vacilante de reconocimiento de los grupos étnicos, sin necesidad de privarse de alianzas, ecos, entrecruzamiento de saberes, ficciones y reminiscencias, fantasías y fabulaciones sobre los otros. Busca recobrar su presencia, su relevancia y su singularidad a partir de una distancia múltiple: geográfica, simbólica, histórica y moral. Pero esa escritura se asume también como un gesto de responsabilidad ética ante la degradación inherente al “progreso” civilizador.

Relato mítico y voces rituales: escritura y oralidad. Tensiones y discordias del texto antropológico

La reflexión de la antropología sobre su propio saber sufre un vuelco, cuando asume la relevancia de la polaridad escritura-lectura en la génesis de la comprensión del texto antropológico. La antropología no puede darse sino como escritura. El mundo de los otros no puede plasmarse sino en el relato. La integridad de esas vidas, las vidas de los otros, no puede ofrecerse a la lectura sino como totalidad ficticia, en la cauda de un acto metafórico. Esas metáforas no son con frecuencia sino modos intangibles de la composición de minuciosas descripciones. Juegos de montaje desplegados sobre los silencios de esos mundos. Los silencios de los otros, de sus relatos, de sus rituales, sus símbolos opacos, perturbadores, oscuros la amenazan. Comprometen su vocación de verdad. Se observa así la ansiedad de Malinowski frente a la opacidad de los actos de los otros, su sentido equívoco, su apariencia desplegada como velo ante episodios cruciales pero inaccesibles, omitidos, imposibles de atestiguar. La escritura antropológica se confronta con su límite, ante la exigencia de síntesis, es decir: hacer

inteligible en varias páginas el mundo entero, el sentido de esa trama inabarcable de esas vidas distantes, intrínsecamente inaccesibles.

Ya en la mirada decimonónica, el mito y la magia —como formas sintomáticas del conocimiento— se ofrecían como una vía privilegiada para esa inteligibilidad sintética: se revelaba como la presentación metafórica de mundo simbólico de los otros. A su vez, esa trama densa de símbolos se presentaba como clave de la síntesis vital de las comunidades. Las tentativas del propio Malinowski, pero sobre todo de Frazer, de Lévy-Bruhl, y más tarde Lévi-Strauss, exploraron esa vía y establecieron diversos cánones para su comprensión. Así, la comprensión antropológica privilegió tempranamente la recopilación, la interpretación, el análisis y la restauración íntegra de la “lógica” mítica y sus secuelas evolutivas. *La rama dorada* [*The Golden Bough*] constituye quizá uno de los momentos más inquietantes de este acercamiento entre los tópicos de la literatura y sus expectativas y pretensiones de comprensión; pero también constituye, por el carácter de su propia escritura, un punto culminante en la resonancia entre la imaginación literaria, la exposición etnográfica, la interpretación mítica y la escritura antropológica. Quizá no es casual que la aparición de *La rama dorada* haya constituido uno de los hitos más relevantes en la historia del lazo entre literatura y antropología. Ese lazo no radicó sólo en la incidencia de la visión de Frazer en las obras de Yeats, Eliot, Lawrence, Graves o de Pound, sino quizá, también en la reciprocidad de esa compenetración. La literatura impregna la escritura antropológica del mismo modo que los temas, los acercamientos y los métodos de ésta se inscriben en la trama del trabajo poético y narrativo. La exigencia literaria modela en Frazer la fisonomía de la escritura antropológica, pero ésta impregna *La tierra baldía*, de T.S. Eliot, la presencia de los mitos en la poesía de Yeats, o la calidad y el horizonte de la observación en la novela de Lawrence o de Graves. Pero fue quizá Lévi-Strauss quien sacó a la luz y enfrentó —acaso sin asumir plenamente todas las consecuencias— una paradoja irresoluble: la significación antropológica de los mitos no podía darse sino formulada en un relato a su vez mítico. El antropólogo no era sino un tejedor más de mitos, un eslabón en la inmensa cadena de los relatores a través de los cuales el mito se preserva a sí mismo. El texto antropológico no era sino una modalidad del saber mítico, desplegaba en su propio lenguaje, sus categorías y sus metáforas y también incorporaba en su propia escritura los imperativos de una integración insólita compartida entre la ficción y la explicación.

De manera oblicua, la obra de Lévi-Strauss asume, con plena lucidez, una paradoja suplementaria: los mitos formulados por el saber antropológico se pliegan, necesariamente, a la lógica de la escritura (una lógica suplementaria que tiene su propia historia y se modela según la institucionalidad de sus géneros). No obstante, esta escritura adquiere sus temas, e incluso su fuerza narrativa, de la vida *oral* de los mitos a los que hace referencia, de su manera de impregnar la vida y el pensamiento de sus comunidades. La



escritura parasita a la oralidad, se refracta en ella. La trastoca, la malinterpreta, la reinventa, la forja como figura de culto para el trabajo antropológico.

No hay antropología oral. La antropología no existe sino por escrito; pero su materia, sus temas, su vitalidad misma emergen de esta incesante discordia y alianza con la oralidad. Tampoco la reflexión etnológica y la devota reconstrucción etnográfica pueden expresarse mediante gestos, sonidos, musicalidades. No hay cabida tampoco para

los lenguajes formales: cálculos proposicionales o modelos matemáticos, métodos numéricos, relaciones cuantificadas. Esas tentativas no son más que impulsos sofocados de una voluntad de verdad que busca ponerse a cubierto ante la incertidumbre de lo simbólico. La raíz y el sustento de la reflexión antropológica es el relato escrito. No se responde a la oralidad con etnografías orales. Antropología y escritura tienen así un lugar de encuentro privilegiado. La exigencia de esa escritura es la comprensión de algo evanescente, frágil, verbigracia: los vínculos humanos, los hábitos, los



patrones de comportamiento que se implantan en el desarrollo y la vida de las comunidades mediante el diálogo de la palabra sonora. Es también en este juego de afectos, inmerso en el hablar, donde se fraguan los modos de comprensión de sí, de los otros, de las colectividades, del entorno. El relato antropológico acoge de este modo un desafío desconcertante: dar cabida, en escritura, a la memoria en acto en los rituales de la oralidad, aprehender en la materia escrita esa memoria que escapa a los registros, esas musicalidades evanescentes, esos estremecimientos etéreos del intercambio de las voces, el fulgor equívoco, la fugacidad

de la palabra y la vida, la edad de nuestras afecciones. Hay una asimetría irreductible entre la expresión escrita del relato antropológico y la materia sonora, arrebatada por las intensidades y juegos pasionales de la vida comunitaria.

La relación entre escritura y oralidad no es de correspondencia o de derivación. La escritura no es la “transcripción” de la oralidad. Es lo otro de la oralidad. Los modos de expresión, de validez de la escritura y de la oralidad, sus resonancias y son inconmensurables sus secuelas en la vida individual y colectiva. No responden a analogía alguna. Si hay alguna semejanza entre ellos es más un espejismo, una mimesis perturbadora, engañosa. La relación entre escritura y oralidad es exorbitante. Los mitos toman su fuerza de esta exuberancia sonora del relato y del diálogo orales, así como de su implantación ritual en la vida comunitaria. No hay escritura que se acoja a este destino.

Pero más allá de esta intimidad entre la génesis, el destino y la metamorfosis de los relatos míticos, la etnografía misma, como condición para crear las condiciones de su propia inteligibilidad —para responsabilizarse del desafío de integrar en su trama la intensidad afectiva de los mitos— asumió las inflexiones históricas del texto literario. El siglo XIX trazó esa convergencia áspera entre la comprensión social y la expresividad literaria, en particular en las inflexiones del naturalismo y el realismo del siglo XIX. Literatura y antropología compartían explícitamente un elusivo pero indisoluble vínculo: la necesidad de hacer inteligibles otras *vidas*, las vidas de los otros. No sólo como exigencia del imposible y contradictorio cosmopolitismo de la modernidad, sino como exigencia de una comprensión reflexiva de sí, inherente al principio de individuación dominante en las sociedades contemporáneas.

Escritura literaria y escritura antropológica: la discordia de los relatos de vida

El relato etnográfico, al acoger las vertientes culturales y políticas que lo aproximan a las corrientes literarias de fin del siglo XIX, involucra una síntesis narrativa en la que se conjugan descripción e interpretación, que devienen juegos de conjeturas e implícitos, secuelas de inferencias y señalamientos de evidencias, anticipaciones teleológicas y una elaboración conceptual tácita, articulada en “modos de contar”, en fórmulas narrativas, en metáforas y símiles forjados históricamente e integrados en el género etnográfico. Pero el relato etnográfico se enfrenta a un desafío narrativo suplementario: su forma excluye las vidas ex-

cepcionales, las afecciones exorbitantes, la trama errática de las pasiones. Elude los episodios singulares, las historias irrepetibles (todas lo son), lo inquietante, lo enigmático, lo irreductible a toda generalización; sólo apela a ello en la medida en que puede transfigurarlo en síntoma, en ejemplo, en generalidad, en prueba argumentativa de sus propios postulados. Sus personajes no pueden ser sino estereotipos, expresiones de las figuras privativas de un universo definido por prescripciones y prohibiciones. La antropología enfrenta otra paradoja quizá desconcertante. Tal paradoja busca la inteligibilidad de otros mundos conjeturando reglas, ordenamientos, patrones reiterativos y estables, efigies y estereotipos, acciones desarraigadas de la vida que no es otra cosa que el acontecer, la dislocación y la realización de la regulación en la estela de lazos pasionales y juegos de deseo. Los trayectos de vida exceden así toda etnografía. La enfrentan al desafío de hacer inteligibles las incalificables modalidades de lo exorbitante, de incorporar en su relato la comprensión de cada irrupción de lo excepcional, incluso en sus expresiones más apagadas, en las brumas de lo cotidiano.

Por otra parte, Victor Turner (1982) advirtió que el relato antropológico se enfrenta a una disyuntiva que no puede responsabilizarse sino de manera equívoca: o bien adopta las estrategias narrativas del relato dramático, o bien se pliega a las exigencias inherentes a la composición del testimonio. En el primer caso, impone a los hechos la lógica de su propia cohesión, lo dispone según las condiciones de su propia eficacia. En el segundo, da por supuesto una estructura que "representa" analógicamente los momentos del episodio descrito. El relato se edifica respondiendo a la secuencia patente de lo observado. Se le exige que responda a su lógica que conlleva un presupuesto de causa y efecto atribuido a los tiempos, la secuencia y las secuelas de cada uno de sus momentos. La etnografía no puede asumir ni lo uno ni lo otro: ni relato autónomo, ni mero registro y descripción testimonial. Relato en la línea de sombra que los separa.

Otra tensión inquietante, la etnografía no tiene principio ni fin. Sus umbrales son vacilantes y caprichosos. Su suspensión es arbitraria. Comienza en cualquier momento y su comienzo jamás lo es propiamente. Termina abrupta y caprichosamente. Por cansancio, por apreciación, por vicisitudes de la vida del antropólogo, de la colectividad o del vínculo entre ambos. Coincide con la suspensión de la mirada, con su agotamiento o con el desaliento de la empresa antropológica; responde a la tolerancia o reticencia de las

comunidades, tiene que lidiar con el peso de los silencios y las barreras en la observación y el diálogo, con los tabúes impuestos a la mirada y las imposibilidades del acercamiento testimonial.

Por otra parte, el relato etnográfico emerge de otra intimidad narrativa, la que confunde el relato novelístico y las evocaciones de la memoria (documentadas o no), decantadas en los monumentos o en los cuerpos, en los espacios o en los residuos. No hay "relatos sincrónicos" en la etnografía. Todo relato antropológico involucra abierta o sutilmente una alianza íntima con la historia. Incorpora de manera sutil la pendiente historiográfica: dos relatos se confunden. El relato historiográfico y el etnográfico no pueden quebrantar su correspondencia íntima. Modalidades distintas pero articuladas del relato. Contar es siempre contar en el tiempo: pasado, presente y futuro (expresados en modalidades diversas de la síntesis narrativa). En la restauración de la inteligibilidad del pasado, la historiografía no puede eludir el reclamo narrativo. Como el relato etnográfico, el historiográfico asume las condiciones de verdad, de veracidad, de verosimilitud. Se pliega a las exigencias de la argumentación, adopta las estrategias retóricas de la persuasión. Busca construir una totalidad y un relato integral a través de los silencios, que alientan y vivifican la reminiscencia.

En una reflexión reveladora sobre el desafío historiográfico Paul Veyne (1971) se preguntaba por la relación entre la ficción narrativa y la historia. La interrogación encuentra claras resonancias en la inquietud acerca de la escritura antropológica; coinciden en la exigencia de clarificar otras experiencias inconmensurables del mundo de sentido propio, encarar otros entornos culturales, incorporar en su relato el peso de otras memorias, reconstruir la atmósfera de experiencias de mundos irreductiblemente ajenos, distinguir y narrar lo que hace inteligible las otras formas de vida. Las diferencias son patentes, pero no invalidan la fuerza de la concordancia en la interrogación; mientras la historiografía apunta a lo otro desaparecido, la antropología encara el desafío de la extrañeza del reconocimiento, del diálogo con el otro inconmensurable en el pleno desconcierto de la presencia. Ambas, no obstante, encaran el problema de las modalidades de la verdad involucrada en la narración. Una primera faceta de ese problema consiste en los vínculos entre argumentación, rememoración, testimonio y relato; otra faceta es la de la naturaleza, el sentido y el destino del acto narrativo y finalmente, otra más atañe a la relevancia de su intervención en la comprensión de las sociedades.

Paul Veyne revela también otro aspecto de la interrogación: la disyunción entre los tiempos vitales, los territorios simbólicos y las experiencias y deseos de los sujetos de la escritura: sus referentes y sus destinatarios. Estas diferencias inciden en la comprensión de la historia, no menos que en la inteligibilidad de la dinámica de las culturas. Es patente que esto señala ya la relación de ambos relatos, historiográfico y etnográfico, con el acontecimiento. La interrogación referente al sentido del acontecer en la cultura y en la historia trastoca todos los regímenes de verosimilitud y de certeza de la escritura. Señala también una distancia, pero también una alianza sustantiva, respecto del acto literario, en el que la palabra misma es un acontecer que se vincula con el acontecimiento de los episodios singulares de la vida.

Veyne admite nítidamente una condición limítrofe del saber histórico que aparece también en el dominio de la intervención antropológica: el carácter discontinuo de la evidencia y de la experiencia, ante el trasfondo de la continuidad inapelable del sentido de la vida social y personal. No hay vacíos de sentido en la integración de los sujetos en una atmósfera simbólica densa de experiencias y de vínculos. No obstante, la memoria, el testimonio, así como el despliegue mismo de la vida revelan la fuerza del secreto, del silencio, de lo implícito, de lo indecible, del olvido, de la desaparición y de lo imperceptible, de lo excluido y de lo incalificable. Esta discontinuidad exhibe una condición extrema. Veyne advierte sobre la proliferación de “lagunas” en el dominio de lo testimoniado y de lo atestiguado; lagunas solventadas en relatos por la fuerza de la imaginación, por invenciones, conjeturas, implicaciones, secuelas de las disciplinas corporales, así como por la agudeza de la ficción o la iluminación metafórica; pero también con la implantación en el propio relato de silencios, de olvidos, de omisiones o desdenes. El relato historiográfico, no menos que el etnográfico, están poblados por estas zonas oscuras, rutas de invisibilidad —ocultamiento deliberado, territorios de insignificancia y de irrelevancia de la experiencia y de los vínculos—, bordes impuestos por la diferencia intransigente entre el mundo de la observación y el de la vida. Estas zonas de invisibilidad y de silencio definen un modo privilegiado del relato: la intriga, la promesa del descubrimiento, de la aprehensión de sentido como desenlace del trayecto narrativo. Esta promesa incita la lectura, hace de la lectura una aprehensión del drama. Hace de la escritura promesa de inteligibilidad. Tanto el relato literario como las narraciones historiográfica y etnográfica

ca comparten esta condición estructural de la intriga, con las cargas de ficción (enunciados sin otra referencia que aquella derivada analíticamente de la composición verbal misma) y con los juegos de imaginación derivados de la articulación sintética de acciones. La dinámica del relato surge así de la disposición de las acciones narradas en torno de líneas de fuga (quebrantamientos lógicos, vacíos, elusiones) y de múltiples expresiones del silencio que confieren su fuerza al relato.

La intriga dispone la secuencia de lo narrado, asumiendo una forma propia, pero enmarcada en la promesa de revelación. Al terminar el relato —se admite— surgirá la revelación, la inteligibilidad de una totalidad vivida. Esa revelación como sentido integral emergerá (esa es la espera, esa es la expectativa) de los jirones de la descripción; se integrará a partir de aquellas sombras enigmáticas que se bosquejan en las fracturas de la observación, el testimonio, el archivo, el registro.

La organización narrativa de las secuencias de acciones sugiere ya, en sí misma, un indicio de la relación causal entre episodios y procesos sociales. Pero aparecen así dos líneas causales: la engendrada por la secuencia narrativa (causalidad inventada por la escritura y el relato) y la que se hace patente en la concatenación de los acontecimientos. La lógica del relato sugiere lazos causales propios, suplementarios o silenciosos, que acompañan los presupuestos expresos de la interpretación antropológica. Desbordando las exigencias de su propio lenguaje, la etnografía asume incansante —y a veces ineludible— formas narrativas que exceden sus propios presupuestos interpretativos.

La densidad de la vida social no emerge de la mera descripción, de las transcripciones de relatos orales, de expresiones, de cuerpos y de entornos culturales, históricos. Su fisonomía surge sólo de la confluencia de las técnicas, los recursos de nominación, las descripciones, la composición y el enlace de los ritmos del relato. El sentido integral de la vida comunitaria surge no de las descripciones, sino del relato al mismo tiempo comprensible, completo y, sin embargo, patentemente inacabado, abierto. Así como ocurre con el relato histórico, el texto etnográfico reclama, al final de su trayecto narrativo, el cumplimiento de la promesa de esclarecimiento. Relato historiográfico y relato etnográfico, ambos prometen resolver la intriga: una promesa vacía. No hay verdad al final del trayecto, la composición narrativa sólo acentúa la violencia del enigma de la cultura y de la historia. Pero los puebla de iluminaciones. El inicio y el término del recorrido narrativo sólo hacen patente la diso-

lución de los umbrales temporales de la historia y la cultura. Su devenir es interminado, interminable. La etnografía sugiere tácitamente que su relato va más allá de la tarea de presentar evidencia, de desplegar descripciones, de formular conjeturas sobre la forma y la dinámica de las instituciones, de revelar las regularidades y persistencias de las acciones normadas o de las concepciones generalizadas de una cultura. La etnografía y la historiografía, al emprender la tarea de recrear las experiencias de un mundo social, de la vida necesariamente turbulenta, de la densidad dramática de una comunidad, se responsabilizan por las paradojas del vínculo entre el tiempo, el relato, el testimonio, la reminiscencia, la evocación, la explicación, la comprensión y la persuasión.

No obstante, ni el relato antropológico ni su deslizamiento hacia la forma narrativa de la historia —en su enlace íntimo con el trabajo poético— pueden dar por sentado una realización de la escritura literaria, dominada íntegramente por los marcos de la ficción. La exigencia de veracidad, la validez de su argumentación, los alcances de su verosimilitud impregnan su forma y su lenguaje, trastocan la autonomía de sus metáforas, acotan los alcances de su ficción, cifran las latitudes de su trabajo metafórico.

Y, no obstante, el relato etnográfico se doblega a su propia historia como género de escritura. Considera, como el relato de la historia y de la ficción, que su significado es extraño a la verdad. Participa con ellos de una tensión paradójica: se ofrecerse como relato veraz, verosímil, un testimonio extraño a la verdad, pero fiel al reclamo de elucidación e inteligibilidad. Inverificable, irreplicable, anclado en la fuerza evanescente del acontecimiento social, el relato etnográfico hace de esta tensión entre veracidad, verosimilitud y verdad, la materia de una poética propia. Esta poética rechaza por su parte dos lecturas extremas: aquella que lo asimila a una mimesis literaria y aquella que la sustrae de la invención, la imaginación y la ficción como recursos de inteligibilidad de la realidad a la que apunta. Ni ficción ni explicación: su descripción rigurosa, sistemática, implacable no puede desprenderse de las exigencias del relato ficcional. La particularidad del relato etnográfico deriva de situarse de esta manera en un lugar intersticial, en esta zona de penumbra de lo narrativo, habitar la línea de sombra que separa la ficción y la explicación, sabiendo que la comprensión surge de la tensión entre ambas pretensiones.

En la modernidad, los trayectos de la literatura y la antropología han seguido caminos disyuntivos. El acto litera-

rio o el relato antropológico apelan a modalidades distintas de la verdad. Responden a reglas e inscripciones sociales, institucionales, políticas distantes entre sí. Pero sus impulsos y sus técnicas constructivas son simultáneamente paralelos, ajenos y convergentes. El diálogo entre las modalidades del relato y la afección sonora de las palabras se multiplica, las resonancias también. Del relato oral a las expresiones verbales de la memoria, de las pulsaciones rituales de la enunciación a la trama de las ficciones narrativas en la etnografía o la historiografía, de las pasiones materiales de la construcción novelística a las traslaciones exor-



bitantes de los vastos juegos metafóricos, la antropología afirma este entramado de las líneas de sombra que se da entre su exigencia y su vocación a la inteligibilidad política de las culturas y los vértigos de su propio reclamo imaginativo (los juegos de la ficción).

Bibliografía

- Turner, Victor, *From Ritual to Theater*, Nueva York, Performing Arts Journal Publications, 1982.
- Veyne, Paul, *Comment on écrit l'histoire*, París, Seuil, 1971.